

# *Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX*

*Víctor Lucea Ayala*

Universidad de Zaragoza

Es innegable el esfuerzo que en la historiografía reciente se ha realizado por trabajar lo que se ha venido denominando como la «historia de las mujeres» o la «cuestión del género». Pocos congresos olvidan dedicar alguna de sus secciones a la perspectiva de las mujeres, las asignaturas correspondientes se van consolidando en los planes de estudios universitarios, y la bibliografía ha ofrecido en los últimos años obras de gran ayuda para quien se quiera aventurar por esos parajes. Sin embargo, llama la atención el hecho de que esas mesas congresuales sean mayoritariamente femeninas, que esos libros estén escritos por notables autoras, o que el número de páginas dedicadas al asunto en obras temáticas sea sensiblemente escaso, llamativamente escaso. Más grave es aún el tratamiento que se le da en algunas producciones, cual mero apéndice o agregado al tronco principal y «noble» de la historia que se está narrando. Sin restar mérito a los logros conseguidos hasta el momento, sería absurdo no admitir que la historia de las mujeres no cuenta todavía con problemas ajenos a los que atañen a la mera investigación, lo cual tampoco es decir nada nuevo.

Parece que no está de más, por lo tanto, prestar la debida atención al género, máxime si se tiene en cuenta que, en la confluencia con el otro gran vector que anima estas líneas, la protesta popular de corte «preindustrial», la presencia femenina salta al primer plano de la historia. No se va a descubrir aquí el protagonismo que tuvieron las mujeres en el motín, ni el carácter violento, aunque pautado,

que con frecuencia adquirió el mismo. La sombra de Thompson es alargada y ofrece todavía buen cobijo. Pero se echan de falta en el panorama historiográfico visiones que no sólo relaten la furia femenina (no pocas de ellas elaboradas desde los sentimientos de asombro y fascinación que todavía provoca el binomio violencia-mujeres), sino que además articulen en la narración los elementos culturales que alimentaban desde la base misma la acción femenina, de tal forma que se pueda obtener una visión completa de lo que en perspectiva histórica significó el concurso público de unas mujeres que hasta hace bien poco pasaban por no tener ni voz, ni historia, ni esperanzas. Es decir, que vendría bien recuperar la extensa dimensión que tuvieron las mujeres en la protesta para poder comprender ésta última correctamente.

Desde esta perspectiva, el presente trabajo surge a partir de los interrogantes que sigue planteando el estudio de la participación femenina en la protesta popular, en los que late de forma continua un asunto que la historiografía ha arrinconado, denostado o «folclorizado» en determinados momentos, la relación entre mujeres y violencia colectiva. Su propósito no sería sino subrayar la importancia del tema, apuntar posibles hipótesis de trabajo y debate, y presentar algunas conclusiones por las que avanzar, a partir del acercamiento al ámbito concreto de la provincia de Zaragoza.

### **Presencia e imagen de las mujeres**

Tarazona, diciembre de 1895. Un formidable motín popular se desata por la cuestión de los consumos. Durante dos días el asunto ocupa los principales espacios en la prensa, manteniendo en vilo a las autoridades, que desde el primer momento consideran la necesidad de tomar cartas en el asunto. La ciudad, en plena revuelta, vive episodios de «antagonismo de clase», de anticlericalismo y de enfrentamiento directo con las fuerzas del orden. También aparecen entre las crónicas algunas referencias a acciones protagonizadas por mujeres. Se dice que había muchas vecinas entre los grupos situados en la estación esperando el tren en el que viajaba el gobernador con refuerzos de la Guardia Civil, y que fueron ellas las que comenzaron la protesta, aunque ésta no fue a más tras la declaración de intenciones (querían «que no se les engañara como en otras oca-

siones»). Al día siguiente, cuando mayor era la excitación en el pueblo por las heridas que un teniente de la Guardia Civil había infligido a un vecino, se dice que «grupos de mujeres llaman fuertemente a las puertas de las personas acomodadas, que se hallan cerradas, pidiendo que se abran», e intentan desarmar a varios guardias en otro momento del motín 1.

No es infrecuente encontrar escenas similares en motines contemporáneos. El 8 de mayo de 1898 se produce en Badajoz una manifestación compuesta exclusivamente de mujeres, para protestar por la subida del precio de las subsistencias. Las manifestantes dieron gritos subversivos, quemaron los fieltos de consumos, destrozaron muebles y arrojaron al Guadiana los papeles y el dinero que hallaron. Siguieron escandalizando pese a la intervención de la Guardia Civil, «y llamando cobardes a los hombres por dejarlas solas». Pero el caso al que la prensa dio más pábulo fue el denominado «motín de las verduleras», ocurrido en Madrid el 2 de julio de 1892. Ante la pretensión del Ayuntamiento de subir las tasas de venta ambulante, las vendedoras se sublevaron, provocando múltiples destrozos, enfrentándose a la Guardia Civil, que es objeto de incesantes lluvias de piedras en la Plaza Mayor. Desde la tropa se sucedieron las cargas de guardias a caballo y los disparos «a las turbas». Al día siguiente la prensa hablaba de «furiosas amotinadas», de «mujeres desgrefñadas», y de «brutas mujerzuelas» enarbolando trapos a manera de banderas y cantando la marsellesa en pleno centro madrileño 2.

«Desgrefñadas» y «mujerzuelas», la imagen peyorativa de las mujeres que participaban en la protesta estaba ampliamente extendida en el siglo XIX, y era admitida sin inconveniente alguno por los estudiosos del comportamiento de «las masas», basándola en una supuesta capacidad femenina de «tender rápidamente a los extremos». En efecto, Le Bon observaba como caracteres especiales de las muchedumbres «la impulsibilidad, la irritabilidad, la incapacidad para razonar, la ausencia de juicio y de espíritu crítico, la exageración de

---

1 Lo de Tarazona en *Diario de Avisos de Zaragoza* (en adelante, *DAZ*), 21, 22, 24 Y 26 de diciembre de 1895, núms. 8328, 8329, 8330 Y 8332; *Heraldo de Aragón* (en adelante, *HA*), 21 Y 22 de diciembre de 1895, núms. 80 y 81; *El País*, 22 de diciembre de 1895, núm. 3098.

2 El motín de Badajoz, donde se habla de «mujeres varoniles», en *El País*, 8 de mayo de 1898, núm. 3959. El «Motín de verduleras» de Madrid en *El Resumen*, 2 de julio de 1892, núm. 2659; *El Imparcial*, 2 de julio de 1892, núm. 9022; *La Derecha*, 2 de julio de 1892.

sentimientos», elementos típicos, argumenta él, «de los seres que pertenecen a formas inferiores de evolución, tales como la mujer, el salvaje y el niño». Similares atributos les endosa Tarde:

«Por su capricho rutinario, su docilidad revoltosa, su credulidad, su nerviosismo, sus bruscos cambios de vientos psicológicos del furor a la ternura, de la desesperación al estallido de risa, la multitud es mujer, incluso cuando esté compuesta, como sucede casi siempre, de miembros masculinos. Felizmente para las mujeres, su género de vida, que las encierra en la casa, las condena a un aislamiento relativo»<sup>3</sup>.

Reducido así el asunto a una mera cuestión de respuestas nerviosas, la protesta femenina fue objetivo habitual de un discurso dominante asentado sobre presupuestos de masculinidad. Si la actividad femenina debía circunscribirse al interior del hogar, la mujer que alza su voz y su mano en la protesta es señalada como una «figura trágica», en la que «el egoísmo social y las horribles doctrinas» han torcido «la delicadeza propia de un alma femenina convirtiéndola en expresión de la iracunda protesta». Por otro lado, no fueron infrecuentes las asociaciones, más o menos directas, más o menos sibilinas o tácitas, que en las páginas de la prensa y en los volúmenes de ciencia social se establecieron entre las mujeres de la protesta y su escasa o nula moralidad. Cuanto más se alejaban las mujeres de los paradigmas femeninos de fragilidad y pureza, mayor debía ser la alteración psíquica, la neurosis, el desorden mental o la patología sexual que las animaba. La cuestión de la degeneración mental, moral o física, fue ampliamente tratada en este final de siglo por ensayistas y literatos, siendo ampliamente admitido que los «desviados» y «compulsivos» lo eran por herencia, ocupando un peldaño inferior en la escala evolutiva. No era ajeno a estas cuitas el trasfondo nacionalista que animó los primeros avances en eugenesia y control reproductivo en pro de mejoras en la raza, traducible en un fortalecimiento interior y exterior de los países. La opinión de Constancio Bernaldo de Quirós sobre las prostitutas puede resultar ilustrativa en este punto:

«Presentan estigmas de degeneración física y psíquica incontestables, merced a las cuales la mayoría de ellas no podrían ser clasificadas entre los sujetos sanos y normales (deformaciones craneanas, anomalías en la cara,

---

<sup>3</sup> TARDE, G.: *La opinión y la multitud*, Madrid, Taurus, 1986 (1904), p. 163; LE BON, G.: *Psicología de las muchedumbres*, 1895, pp. 39 y 57.

dientes defectuosos, orejas mal implantadas, etc.). La esterilidad, que condena a las prostitutas a extinguir la raza, confirma su estado degenerativo. La anomalía psíquica de las prostitutas se señala por una debilidad intelectual, más o menos manifiesta, o por una especial constitución neuropática» 4.

Las prostitutas, en efecto, rompían doblemente el ideal que se había construido de la mujer, mostrando su concupiscencia y su vertiente más «animal» a los ojos de los viandantes de las grandes ciudades. Los reformistas burgueses y escritores morales de toda Europa occidental se obsesionaron con la inmoralidad, la basura de las ciudades, el contagio y el desorden social que emanaban de la «chusma». La prostituta, tanto en sentido literal como en el figurado, era la vía de infección de la sociedad respetable, una pestilencia, una úlcera, y un peligro para la alteración de las masas, evocando al aire «perturbadores mensajes de vida íntima». El juego de imágenes estaba en danza. Quienes escribían arrojaban una larga sombra acusadora sobre la mujer desobediente, aunando en ella locura y torcida moral. En efecto, la prostituta constituía acaso la figuración más habitual de la degeneración de la naturaleza femenina, de su impudicia pública, de su nerviosismo y de su neurastenia. Pero se asumía que estas

---

4 BERNALDO DE QUIRÓS, C.: *La mala vida en Madrid*, op. cit., p. 235. En esta obra se desarrolla toda una tipología «faunística» de gentes desviadas de los bajos fondos de la Inclusa madrileña, y el autor, siguiendo las corrientes contemporáneas de su tiempo, presta una atención especial al apartado de las desviaciones sexuales. Entre las prostitutas de constitución «neuropática» distingue entre las «histéricas» y las «impúdicas» o «locas morales», en función de los apetitos sexuales y sus percepciones éticas (p. 236), e incontables son las formas de inversión sexual especificadas poco más adelante (p. 248). Lo de la «figura trágica» en *HA*, 14 de febrero de 1903, núm. 2297, con motivo de un mitin obrero celebrado en la ciudad. Para acercarse a estas cuestiones de la *degeneraciónji'n-de-siecle*, la sexualidad, la psicología y sus conexiones, CAINE y GLANDA SLUGA, B.: *Género e historia, Mujeres en el cambio sociocultural europeo, de 1780 a 1920*, Madrid, Narcea, 2000, pp. 143 Y ss. En el asunto de la degeneración de los pueblos, los mediterráneos se llevaron la peor parte en este final de siglo frente a los germánicos y anglosajones. Algunos ejemplos en GAY, V.: *Constitución y vida del pueblo español*, Madrid, Editorial Internacional, 1906, pp. 238-241; SERGI: *Decadencia de las naciones latinas*, Madrid, 1901, o ALTAMIRA, R.: *Psicología del pueblo español*, Madrid, 1902, quien, apesadumbrado, se preguntaba: «Podremos o no podremos vencer nuestra decadencia, ¿quién lo sabe?», p. 16. Sobre la degeneración y la regeneración, ÁLVAREZ JUNCO, J.: «La nación en duda», PAN-MONTOJO, J. (coord.): *Más se perdió en Cuba, España, 1898 y la crisis de ji'n de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 405-477, YDE LA CALLE VELASCO, M.a D.: «Ideas y mitos del 98: su proyección exterior», ESTEBAN DE VEGA, M., y MORALES MOYA, A. (eds.): *Losji'nes de siglo en España y Portugal*, Universidad deJaén, 1999, pp. 113-116.

características anidaban en el interior de todas las mujeres, que hacían de ellas seres potencialmente violentos y sanguinarios, acaso más que los hombres. Zola lo recrea en *Germinal* cuando, durante una huelga en un pueblo minero, los hombres destruían las minas y las mujeres atacaban a un tendero que había violado a algunas de ellas. Tras castrarlo y asesinarlo, las vecinas, convertidas en «galope de furias», marcharon por las calles del pueblo con su pene clavado en una pica<sup>5</sup>.

Este discurso está extraordinariamente desarrollado a estas alturas de siglo, pero no era éste el único argumento utilizado para descalificar la protesta femenina. También se trabajó, sobre todo cuando no había excesiva violencia, el polo opuesto al del trastorno neuropático y el frenesí violento. Por la vía de la pasión no moderada, se entendía que su entendimiento podía nublarse con facilidad cuando algún sentimiento no tuviera satisfacción. Eso haría de las mujeres, ciegas y sin capacidad propia de discernimiento, seres especialmente vulnerables a engaños y manejos de terceros, de «manos arteras» que con poco esfuerzo habrían de empujarlas a la protesta.

Es lo que ocurrió con las manifestantes que en Zaragoza salieron a las calles en 1896 para clamar contra el envío de más hombres a Cuba. Al punto de la mañana del primero de agosto se notó cierta agitación entre algunas mujeres en los diferentes mercados de la ciudad, saliendo luego algunos grupos de las calles adyacentes al mercado y reuniéndose en la calle de San Pablo, de donde partió una manifestación con destino al Gobierno Civil. Las mujeres portaban una pancarta con la inscripción «¡Viva España! ¡Que no vayan más tropas a Cuba!», queriendo significar «que a Cuba vayan todos, sin distinción de clases sociales». De camino hubo algún altercado y carreras con la policía municipal cuando ésta se apoderó de la

---

<sup>5</sup> WALKOWITZ, J.: «Sexualidades peligrosas», en la colección dirigida por DUBY, Georges, y PERROT, M.: *Historia de las mujeres*, vol. 4, *El siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2000 (1993), pp. 397 y ss. Sobre la temprana reglamentación higiénico sanitaria de la prostitución en Zaragoza, GUEREÑA, J. L.: «Los orígenes del reglamentarismo en España: la policía sanitaria de las mujeres públicas (Zaragoza, 1845)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 25, Burdeos, 1997, pp. 39-55. El desorden natural de las mujeres en ZEMON DAVIS, N.: «Un mundo al revés: las mujeres en el poder», en ÂMELANG, James, y NASH, M.: *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1990, pp. 59-60; ZOLA, E.: *Germinal*, Madrid, Espasa, 1999, pp. 360-363.

bandera, dividiéndose luego la manifestación, ya bastante engrosada por muchas mujeres y chicos, en numerosos grupos que esta vez gritaban «¡que vayan a Cuba ricos y pobres!». Por el camino consiguieron que abandonaran el trabajo las operarias de una alpargatería de la calle San Pablo, las de un almacén de pieles en El Portillo y las de otra corsetería. Y mientras un grupo se dirigía al Gobierno Civil, otro subía al barrio de Torrero con el objeto de hacer parar las fábricas de conservas y sombreros allí emplazadas, cuando intervino de nuevo la policía. El telón de fondo era la injusticia del reclutamiento, pues «es bien triste que por no tener dinero tengamos que exponer a nuestros hijos a ser muertos en el monte, y sabe Dios cómo, mientras los que lo tienen se están en sus casas, y a ellos lo mismo les importa que haya guerra como que no la haya»<sup>6</sup>.

La prensa dijo que en aquellas «pobres mujeres», «madres vehementemente apasionadas», el «ciego cariño» por sus hijos había sido manipulado por «filibusteros y sectarios», agentes «protestantes y librepensadores auténticos enemigos de la patria», para formar la manifestación. El frenesí belicista facilitó sin duda semejante retahíla de acusaciones, pero como cualquier acercamiento empírico al tema pone de manifiesto, existieron muchos otros ejemplos de protesta en Zaragoza en los que la presencia femenina, libre de la coyuntura bélica, parecía responder a papeles y funciones bien conocidos y admitidos por todos, y no tanto a casualidades o manipulaciones. Eso sí, a excepción de la autoridad y cultivados observadores, que temen este disloque del papel habitual de la mujer en la sociedad. *El Heraldo de Aragón* se permite comentar, tras el motín de mujeres en Alcampel, pueblo de la vecina provincia de Huesca, que las gestiones del alcalde las hizo «entrar en razón, es decir, en costura y en cocina». Las prostitutas, las delincuentes y las amotinadas bajan a la calle, están a los ojos de los demás, son mujeres «fuera-de-su-lugar», el hogar. La mujer rebelde, desde cualquiera de los enfoques utilizados para desprestigiar su acción, no contaría con conciencia propia, bien por estar fuera de sí, bien por obedecer sin saberlo a manejos de terceros. Una breve reflexión sobre esta presencia feme-

---

<sup>6</sup> El relato está sacado de *DAZ*, 18 de julio de 1896, núm. 8506; *HA*, 1 de agosto de 1896, núm. 273; *DAZ*, 1 de agosto de 1896, núm. 8517; *Noticiero Aragonés*, 21 de julio de 1896, núm. 11, y 1 de agosto de 1896, núm. 20.

nina permitirá avanzar algunos pasos en la delimitaci3n de esa conciencia que se les negaba por activa y por pasiva <sup>7</sup>.

## Espacio público y conciencia colectiva

La presencia de las mujeres en la protesta colectiva se remonta bien atrás en el tiempo, como han demostrado los estudiosos dedicados al tema en la Edad Moderna europea, y aun con anterioridad. Para Thompson la presencia de las mujeres en los motines de subsistencias de la Inglaterra del XVIII no tiene nada que ver con su irracionalidad o su espasm3dica naturaleza. Como es de sobra conocido, demostr3 que son ellas las iniciadoras del motín porque su presencia cotidiana en el mercado hacía que fueran «las más sensibles a la trascendencia del precio, las más experimentadas en detectar el peso escaso o la calidad inferior». De la histeria femenina se comenz3 a pensar en términos de experiencia y determinaci3n propias. Adems, continúa Thompson, las mujeres combinan astutamente en el motín la violencia con el cculo de que eran algo más inmunes que los hombres a la presi3n de las autoridades. Su papel de agitadoras era antiguo, y no fue menos importante durante los días de la Revoluci3n Francesa. Son ellas quienes tocan a rebato en París en 1789 y 1795, quienes redoblan sus tambores, se mofan de la autoridad y la fuerza armada, quienes llaman a los hombres a la acci3n tachndolos de cobardes, y quienes penetran en tiendas y talleres y fuerzan a los recelosos a marchar con ellas <sup>8</sup>.

El asunto no podía dejar impasibles a los historiadores. En efecto, los estudios de historia social de las últimas décadas se han afanado por tratar de reconocer si el motín preindustrial era cosa de hombres o de mujeres. Si para Thompson el papel de las mujeres en la ejecuci3n del motín era casi siempre el principal, para otros autores como John Bohstedt, la composici3n del motín incluía por igual a hombres,

---

<sup>7</sup> Los comentarios de las mujeres de Zaragoza sobre todo sacados de *La Derecha*, 1 de agosto de 1896. Y el comentario del motín de Alcmpel en *DAZ*, 17 de julio de 1893, núm. 7492.

<sup>8</sup> THOMPSON, E. P.: «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», *Tradicci3n, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 109-110; GODINEAU, D.: «Hijas de la libertad y ciudadanas revolucionarias», en DUBY y PERROT (dir.): *Historia de las mujeres*, op. cit., pp. 34-35.

mujeres y chicos en defensa de la comunidad agredida. Sin embargo, la cuestión fundamental no es tanto si los motines eran mayoritariamente masculinos o femeninos, sino la delimitación del papel desempeñado por cada género en el transcurso de la protesta, como cualquier acercamiento descriptivo al tema pone de manifiesto <sup>9</sup>.

En efecto, y teniendo cuidado de no estereotipar esta conducta, resulta meridiano que el protagonismo de hombres y mujeres cambia a lo largo del motín. De ellas se espera la chispa, el arranque, ellas preparan, organizan y comienzan el movimiento. Luego los hombres las secundarán y entrarán en escena, sostenidos y alentados por ellas, por sus improperios e incitaciones, y puede que al final se queden los hombres solos si llega el caso de enfrentarse a la autoridad o rescatar a algún preso. El hecho de que fuesen hombres la mayoría de los detenidos tendría que ver con su protagonismo en el final de la secuencia, mientras que la agitación inicial de las mujeres habría de relacionarse con el carácter selectivo de la represión y la inmunidad de que gozarían en sus enfrentamientos con los soldados. Tanto parece que esto fue así, que en ninguna de las listas conservadas de encausados por alguno de los motines de la provincia aparecen mujeres, aun teniendo constancia de la participación habitual en la mayoría de ellos <sup>10</sup>.

Las mismas reseñas de prensa dan cuenta de la participación femenina en los conflictos rurales de la provincia, ofreciendo detalles de interés no sólo de la presencia de las mujeres en los inicios del motín, sino de la colaboración entre hombres y mujeres a lo largo del mismo. Así, entre los amotinados de Moros de 1892 «se veían muchísimas mujeres, que, como siempre sucede, no eran las que menos parte tomaban en el alboroto». En el motín de Borja de

---

<sup>9</sup> BOHSTEDT, J.: «Gender, household and community politics: women in English riots. 1790-1810», *Past and Present*, núm. 120, 1988, pp. 88-122. La réplica de THOMPSON en «La economía moral revisada», *Costumbres en Común*, Barcelona, Crítica, 1995 (1.ª ed., 1991), pp. 345-379.

<sup>10</sup> Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, Sentencias criminales, 1893, núm. 56 (Azulara); 1893, núm. 91 (Cetina); 1894, núm. 19 (Borja); 1895, núm. 129 (Acered). En el de Cetina, por ejemplo, promovido en la subasta del aprovechamiento de leñas, dado que se temía que el rematante trajera jornaleros forasteros, se dice que acudió «casi todo el pueblo», y que luego promovieron «graves alborotos» en el salón de subastas y luego en la calle. Tras el de Borja se procesó a ocho vecinos labradores, cuando sin embargo la prensa habla de la presencia mayoritaria de mujeres, sobre todo en los primeros momentos.

1893 contra el arriendo de los consumos, fueron, «en su generalidad, mujeres y chicuelos» quienes en el primer momento se reunieron frente al Ayuntamiento para dar comienzo a la protesta. Luego, los hombres «hicieron causa común con las mujeres y subsiguientemente el motín ocurrido», que aún tardaría varias horas en finalizar <sup>11</sup>. La protesta por las subsistencias ocurrida en Tarazona en mayo de 1898 fue protagonizada por las mujeres que, situadas frente a la casa consistorial, pedían fondos de la fundación Doz para repartir entre las familias pobres. Durante el motín de Ateca contra el pago de consumos atrasados, en 1900, y bloqueadas las salidas del pueblo por jornaleros y trabajadores, un grupo de hombres recorre el pueblo cerrando «las tiendas, establecimientos y todo tipo de expendedorías», y después, cuando se trata de ir al Ayuntamiento para exponer al alcalde las demandas, se incorporan al grupo «las mujeres y un gran número de chicuelos». Al día siguiente, reproducido el motín, «las mujeres del barrio de San Martín y de la Camarona, barrios populosos, se presentaban en grupos excitando a los hombres a apoderarse de los pagarés para destruirlos» <sup>12</sup>.

Más ejemplos, en el motín que contra los consumos tuvo lugar en Escatrón en julio de 1902. En la mañana del 31 salió a la calle «una alborotada manifestación, cuyo grueso lo formaban mujeres y chiquillos, que al grito de ¡Abajo los consumos! se dirigió a la casa ayuntamiento, para hacer formal protesta». También fueron «bastantes mujeres» las que promovieron un motín en Tarazona en ese mismo año contra el arriendo de los consumos. Por el mismo motivo se levantaron las mujeres en Daroca. Mientras el acto de la subasta se celebraba en el salón de sesiones del Ayuntamiento, frente a él «se fue formando un nutrido grupo de mujeres y chiquillos, protestando en forma tumultuosa contra dicho acto (...) produciendo

<sup>11</sup> Hubo frente al Ayuntamiento barullo y pugnas con la guardia civil que no pasaron de ahí. Pero poco después se dispara la violencia con ocasión de una pelea en la que participó el hijo del arrendatario. El hecho «soliviantó los ánimos y recrudeció el motín», llegándose a apedrear la casa del rematante y a disparar varios tiros sobre ella. Sin embargo, la acusación que recae sobre los trece «vecinos paisanos» es únicamente la de «insultos contra la fuerza armada», siendo todos ellos absueltos en el juicio. *DAZ*, 19 de junio de 1893, núm. 7468, y 24 de junio de 1893, núm. 7473; *El País*, 21 de junio de 1893, núm. 2190. Servicio Histórico Militar, secc. 2.ª, lego 169.

<sup>12</sup> Lo de Moros en *DAZ*, 11 de julio de 1892, núm. 7176. El motín de Tarazona en *El Liberal*, 8 de mayo de 1898, núm. 6792, y el de Ateca en *HA*, 7 y 8 de junio de 1900, núms. 1477 y 1478.

un griterío ensordecedor y recibiendo a cuantos entraban y salían con pitas atronadoras». En Alfamén fue un grupo de veinte mujeres el que comenzó un motín en 1903. Al año siguiente tuvo lugar otro en Fabara con motivo del pago de las cédulas personales. Al punto de la mañana «comenzó a notarse extraordinario movimiento de mujeres» por las calles de la villa. Cuando se supo de la llegada del agente ejecutivo, «apostáronse infinidad de mujeres y chiquillos en la plaza pública, frente a la Casa Consistorial, y al salir el agente a proceder al embargo, promoviéndose un griterío ensordecedor». Se habla de entre ciento cincuenta y doscientas personas, aunque luego el grupo se fue engrosando con la llegada de otros vecinos. Al querer entrar a embargar en la primera casa, volaron piedras contra el agente mientras incansablemente gritaban «¡fuera, fuera ése!». En ese mismo año de 1904, en Ibdes, otra vez por los consumos, «las mujeres primero, y los hombres todos después, se han echado a la calle en son de guerra con el propósito de que se suspendiera la cobranza». Ya en 1905, las mujeres de Campillo protagonizaron un alboroto popular para apoderarse de las reses embargadas por el recaudador, que guardaba el Ayuntamiento. Ayudadas por los hombres, destrozaron las puertas del consistorio para recuperar los animales. Y en Used los grupos «armados de palos» recorrieron las calles amotinándose contra los agentes ejecutivos, en compañía de «mujeres también con palos y latas»<sup>13</sup>.

«Mujeres y chiquillos», pues, solían poner en funcionamiento los pautados mecanismos de la protesta. Nada nuevo bajo el sol, pero la reflexión en torno a lo que hay detrás de la participación todavía sugiere puntos de vista enfrentados, sobre todo en lo tocante a la inserción de estos momentos álgidos en el discurrir cotidiano de la vida comunitaria o, en otras palabras, la articulación de los roles sexuales y las percepciones de los protagonistas que hacían factible esta puesta en escena compartida. Para algunos autores la existencia femenina en las sociedades del pasado era tan «libre»

---

<sup>13</sup> Lo de Escatrón en *HA*, 31 de julio de 1902, núm. 2129, y los de Tarazona y Daroca en *HA*, 15 de noviembre 1902, núm. 2218, y 20 de noviembre de 1902, núm. 2223, respectivamente. El asunto de Alfamén se puede encontrar en *HA*, 18 de noviembre 1903, núm. 2556. El motín por cédulas personales de Fabara en *HA*, 25 de mayo de 1904, núm. 2684. El de Ibdes en *HA*, 16 de diciembre de 1904, núm. 2664; Campillo en *HA*, 3 de abril 1905, núm. 3002, y Used en *HA*, 20 de septiembre de 1905, núm. 2237.

como la masculina, en un contexto social de aut́ntica flexibilidad de roles, en el que la irrupci3n de la industrializaci3n y el sistema capitalista vinieron a turbar esta especie de armonía preexistente. Las tareas y obligaciones para la reproducci3n social de la comunidad guardarían una estructura simétrica, también en la protesta, donde hombres, mujeres y niños participarían por igual en defensa del comú n agredido. Una segunda hip3tesis, acaso la más razonable, es la que sostienen autores como Louise Tilly, Joan Scott y el propio Thompson. La distribuci3n del trabajo en el interior de las familias del pasado preindustrial se realizaría de manera «desigual» aunque complementaria, sin que esto significase una merma en la igualdad o el estatus de hombres o mujeres. Y en el desempeño de sus responsabilidades, producto de unas habilidades especiales y fundamentales para el sostenimiento de la familia y la comunidad, es donde la mujer es dueña del respeto y la autoridad que no tenía en la esfera pú blica, en la política, el derecho o la religi3n, donde había venido siendo espectadora con muy escasas opciones de participaci3n <sup>14</sup>.

En efecto, su tradicional papel tanto de suministradora de alimentos como de cuidadora de los hijos le confería un reconocimiento específico dentro de la comunidad, depositaria tanto de obligaciones como de responsabilidades propias. No sólo es dueña de los cuidados materiales, sino que también pesa sobre ella una misi3n moral, la de preservar el buen nombre de ella y de los suyos. Su magisterio está a medio camino entre el espacio privado y el pú blico, y en la «conciencia» de este magisterio juegan un papel primordial sus relaciones de amistad, de solidaridad, sus encuentros en la puerta, los comentarios en la calle camino del trabajo, el lavadero o el mercado, en un mundo tan poco an3nimo como era el de la pequeña comunidad rural del pasado o el de las barriadas de las ciudades en crecimiento. Esta estructura relacional y simb3lica, lo que Temma Kaplan denominó «conciencia femenina», incluiría también la justa

---

<sup>14</sup> THOMPSON: «La economía moral revisada», *Costumbres en Comú n*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 361 Y 362. Ver también su artículo «Folklore, Antropología e Historia social», *Historia Social*, núm. 3, 1989, p. 85; TILLY, L., y SeoTT, J.: *Women, work and family*, Holt, Rinehart and Wiston, 1978. En esta línea, el excelente apartado que GIL ÁNDRES, C.: dedica al tema: *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1995, pp. 93-101. Al respecto de la exclusi3n de las mujeres en las instituciones representativas del mundo moderno, DAVIS, N. Z.: «Mujeres y política», *Historia de las mujeres*, op. cit., vol. 3, pp. 221-228.

vindicación en aras a la resolución de situaciones que afectaban al desenvolvimiento de la vida cotidiana, como los fraudes en los pesos o en la composición del pan, la elevación de los impuestos o la carestía de las subsistencias. Todo lo cual no eximía a las mujeres del trabajo extradoméstico, concebido de manera tradicional entre los campesinos como una unidad económica que precisaba de los aportes de todos sus miembros. Por lo tanto, y si tenemos todo esto presente, no parece aventurado pensar en términos de «racionalidad» y consciencia en las salidas de las mujeres a la calle, y sí en cambio parece burdo conceder espacio a los argumentos del alocamiento o del frenesí compulsivo. Con la protesta las mujeres reivindicaban en último término la realización de su propio rol de género, que incluía el abastecimiento del grupo familiar, rebelándose contra aquello que desde el exterior lo obstaculiza <sup>15</sup>.

Ahora bien, aunque sugerente y fértil, este enfoque de la «complementariedad» ofrece el peligro de deslizarse hacia posiciones cómodas sobre el reparto de papeles entre los sexos, olvidando la parte de la violencia y la desigualdad que condicionaba las relaciones entre ambos. Farge advirtió acerca de este posible «callejón sin salida», sobre esta idea tranquilizadora de la sociedad del pasado en la que, en torno a esa aséptica bipolaridad, pueden aguararse los contrastes y conflictos de la vida cotidiana. La articulación de los poderes con que contaba la mujer en la esfera doméstica no debe ocultar el asunto de la dominación masculina, siendo ese engranaje de poderes y compensaciones lo que hace de la participación femenina en el motín algo juzgado como tan particular por los contemporáneos. Porque cuando las mujeres entran en la revuelta, vetadas como estaban de

---

<sup>15</sup> KAPLAN, T.: «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», en *Historia y género...*, *op. cit.*, pp. 268-273; CASTAN, N.: «La criminal», *Historia de las mujeres*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 488 Y 493. La unidad económica del hogar rural en los estudios campesinos, por ejemplo en GALESKI, B.: *Sociología del campesinado*, Barcelona, Península, 1977, pp. 46 Y ss., o más recientemente en SABIO ALCUTÉN, A.: «La sociedad rural en la España Moderna y Contemporánea», *Agricultura y Sociedad*, núm. 67, 1993, pp. 235-250. A pesar de esto, NASH reconocía hace años que todavía se sabe muy poco acerca de la mujer campesina y su papel en la economía rural en España: «Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración», *Historia Social*, núm. 9, 1991, p. 161. A ello contribuye la oscuridad de las fuentes en el revelado del trabajo de las mujeres, de auténticos mercados sumergidos de trabajo, sobre todo en el siglo XIX, como pone de manifiesto PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, P.: «El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas», *Arenal*, núm. 2, vol. 2, 1995, pp. 219-245.

los asuntos ṕblicos, est́n irrumpiendo de lleno en la poĺtica local, y ah́ ejercen una eficacia gestual contundente y expĺcita al actuar de modo diferente a los hombres, que las apoyan, pero tambín las juzgan como fuera de ś, casi fanáticas. En cierta medida, sigue Farge, las amotinadas se encontrarían atrapadas entre el sentido de su acci3n y la exageraci3n del sentido que de ellas se espera, privadas como estaban del ejercicio del lenguaje poĺtico tradicional. A pesar de este complejo juego de imágenes, no se debe minusvalorar el hecho de que en la protesta las mujeres establecían su identidad ṕblica, aquella de la que carecían en tiempos normales, convirtiéndose en representantes de la comunidad que las rodea para defender las costumbres agredidas o los intereses de la subsistencia. Adeḿs hay que tener en cuenta que no actuaban exclusivamente a trav́s del motín, y que tambín utilizaban eficaces tácticas de apaciguamiento como la súplica, el ruego o el pacto vertebradas en torno de ciertos valores comunes <sup>16</sup>.

En efecto, cuando en 1892 la justicia iba a ejecutar en el patíbulo a los acusados por el homicidio del empresario zaragozano Conesa, son ellas las primeras en salir a la calle para protestar y pedir con fuerza el indulto. El contexto social que rodea el crimen es de una incipiente organizaci3n obrera y de acusada tensi3n con la patronal, que se acentúa con este caso y con el asesinato de otro fabricante local por las mismas fechas, Hilario Archanco. Sin embargo, en la manifestaci3n ṕblica del descontento son las mujeres las que deben iniciar la protesta como de costumbre, representando adeḿs una idea de justicia popular enfrentada con la oficial, y que supera la cuesti3n del ǵnero: no sólo se pedía el indulto para los dos reos, haciendo tangible el sentir general de la poblaci3n, sino que el detonante de la protesta fue la noticia del indulto a una tercera acusada el día previo a la ejecuci3n, clamando inmediatamente por el «indulto

---

<sup>16</sup> FARGE, A.: «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía», *Historia Social*, núm. 9, 1991, pp. 79-101. De la misma autora: «La amotinada», *Historia de las mujeres*, *op. cit.*, pp. 503-520, de donde provienen las reflexiones en torno a la entrada de la mujer en la protesta. Una dura crítica al enfoque de la complementariedad en ORTIZ, L.: «Los paradigmas de la "plaza" de las mujeres en los feminismos contemporáneos», BALLARÍN, P., y MARTÍNEZ, C. (eds.): *Del patio a la plaza. Las mujeres en las sociedades mediterráneas*, Universidad de Granada, 1995, pp. 113-143. La atenci3n a las tácticas de apaciguamiento en ORTEGA LÓPEZ, M.: «Estrategias de defensa de las mujeres de la sociedad popular española del siglo XVIII», *Arenal*, núm. 5, vol. 2, 1998, pp. 277-305.

para todos o para ninguno». En la que iba a ser la última mañana de los condenados, las verduleras del mercado inician una manifestación capitaneando «imponentes grupos» por las calles. En cuestión de minutos hacen cerrar las fábricas, los talleres y las tiendas para organizar masivas manifestaciones, alentando a la población para que se sumase a las mismas. En la prensa se indica que «la opinión general está a favor de los reos», y que «el aspecto de la población toma caracteres imponentes». A partir de aquí la presencia femenina se diluye en los «miles de personas» que, reunidos en la plaza de la Constitución con sus pancartas y estandartes, intentan presionar al gobernador para que gestione el indulto con Madrid. Poco después la multitud recibe con muestras generales de alegría el despacho confirmando el perdón para los condenados <sup>17</sup>.

Por otro lado, las mujeres solían llevar los hijos a la protesta como una forma de dar gravedad y legitimidad al levantamiento popular. Forman la «chiquillería» de que hablan las crónicas del motín, y que en las capitales llaman «golfería», siendo claro que en esta última presentan inequívocos rasgos de exclusión social y abandono que no se daban en la comunidad rural. Aquí el niño formaba parte del grupo familiar, también de su carga laboral y de las relaciones cotidianas de vecindad. El caso de los niños de la ciudad es distinto, y quizá merezca un pequeño excursus.

Faltaba mucho todavía para que la escolaridad se extendiese de forma general a todos los estratos de la población, y no todos encontraban trabajo en las fábricas, con lo que la vida de calle, a medio camino entre la mendicidad, la pillería y la delincuencia, era moneda de uso corriente entre niños de familias pobres y expósitos. En ocasiones sus lazos de relación y organización les permitían actuar en protesta de manera independiente, como en los motines de hospicianos o los ataques a los carros de los laceros ocurridos en Zaragoza <sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> *La Alianza Aragonesa*, 25 de noviembre de 1892, núm. 3904; *El Liberal*, 26 de noviembre de 1892, núm. 4096; *El País*, 26 de noviembre de 1892, núm. 2006. Servicio Histórico General Militar, sección 4.ª. lego 174. Sobre el caso, CASTILLO, S.: «Una prolongada infancia. La UGT en Aragón hasta comienzos de siglo», BERNAD, E., y FORCADELL, C. (eds.): *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, pp. 27-28. También FERNÁNDEZ CLEMENTE, E.: *Aragón Contemporáneo (1833-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 51.

<sup>18</sup> El motín de hospicianos de Zaragoza se originó al prohibírseles la salida de domingo. Se produjo gran gritería en los patios del hospicio, tiraron piedras, rompieron cristales de las habitaciones de los maestros y del cura, se declararon

Mallada se hace cruces de «esos enjambres de golfos, unos sin camisa, otros descalzos, todos desvergonzados, medio idiotas e inútiles para el más insignificante trabajo» que pululaban por la capital del reino, y Quirós determina como causas de su modo de vida «la anomia, esto es, la falta de ley y gobernante, de disciplina tanto interior como exterior», y «la miseria o, lo que es igual, la pobreza misma». Pero aun en las ciudades, y viviendo las consecuencias de una urbanización caótica y acelerada, la entrada de los chicos en la protesta no parece adaptarse con exactitud al modelo de la «anomia» durkheimniana<sup>19</sup>.

La propia actuación de las mujeres alienta esta idea, pues ellas dan legitimidad o cuanto menos consienten el motín iniciado por los jóvenes si el motivo lo merece (o en lenguaje thompsoniano, si responde a una cierta «economía moral» que se percibe dañada). y el lugar en el que hacían valer esa legitimidad era principalmente el mercado. No es casual que el ataque al carro de los laceros ocurrido en Zaragoza en diciembre de 1901, iniciado por «un nutridísimo grupo de muchachos», tuviera lugar junto a la plaza del mercado zaragozano. Tras soltar a los perros que guardaba, los chicos comenzaron «a golpear con gran furia el carricoche, con piedras, martillos y cuanto encontraban a mano». Después arrastraron el maltrecho vehículo por todo el mercado, entre las risas y los gritos de las mujeres, llevándolo hasta la ribera y arrojándolo al Ebro. Aquel servicio municipal de caza de lazo era nuevo y sustituía a la administración directa de estricnina, pero todavía no era bien visto por los vecinos, que casi a diario promovían incidentes con los laceros. Desde luego que este tipo de protesta no era tan sólo una diversión de los más jóvenes. Un mes antes del suceso descrito ocurrió otro «alboroto de chiquillos en el Canal contra los empleados de la perrera». La hostilidad creció

---

en huelga negándose a entrar en los talleres, e intentaron promover la huelga en el horno para dejar sin pan a los asilos benéficos, *El Imparcial*, 6 de julio de 1892, núm. 9026, y *El País*, 6 de julio de 1892, núm. 1865. No fue desde luego el único caso. En 1899 hubo un motín aún más grave que acarrió la expulsión de cuarenta hospicianos, de nuevo motivado por la rigidez del reglamento, *HA*, 12 de junio de 1899, núm. 1117. En 1905 el hospicio volvió a ser escenario de otro motín, en el que un maestro fue gravemente herido por los muchachos mayores, *HA*, 10 de enero de 1905, núm. 2885.

<sup>19</sup> MALLADA, L.: «Cualidades generales del carácter español», *Misiva quinta de las cartas aragonesas dedicadas a S. M. El Rey D. Alfonso XIII*, Zaragoza, Publicaciones de La Cadera, 1987 (1905); BERNALDÚ DE QUIRÓS, C.: *La mala vida...*, *op. cit.*, p.13.

hasta que «los del lazo creyeron que aquél era el último momento de su vida». Y sólo dos días después del ataque al carro, se incendia la casa de la esposa del contratista de la caza de perros, apuntando en algunas líneas de prensa que el hecho «no es casual». En 1905 volvemos a tener noticias de sucesos similares, subrayando que «no son los chicos del arroyo los que encuentran ocasión de divertimento en esta tarea de defender los canes del lacero municipal, son hombres y mujeres los que con denuedo y armando monumental escandalera defienden a los perros». Al día siguiente «una turba de más de quinientos hombres, mujeres y chiquillos» hizo retirarse a los laceros. Hubo «algarabía», «escándalos monumentales» y pedradas. De nuevo, «el público en tropel quería apoderarse del vehículo y destrozarlo». Una vez guardado el carro en el penal, y cerradas las puertas, «cayó sobre ellas una lluvia de proyectiles varios descomunal». También «las mujeres arrojaban denodadamente piedras de grueso calibre y medios ladrillos». Algo más, desde luego, que una diversión de chiquillos <sup>20</sup>.

El mercado, está claro, era hasta los años noventa del siglo XIX el corazón de la protesta en la capital, hacia donde se dirigían todas las miradas para saber si las mujeres promovían la acción o se unían a alguna manifestación de descontento ya en marcha. 1899 representa el caso más claro. Entre los días 26 y 28 de junio tuvieron lugar en Zaragoza unos graves y violentos motines motivados por las reformas presupuestarias y fiscales del ministro Villaverde, contra las que las Cámaras de Comercio, con Basilio Paraíso al frente, organizaron un cierre general de tiendas. Los recargos, empero, afectaban «a todas las clases productoras», y pronto la protesta ordenada iba a verse desbordada por las formas tradicionales de acción popular. En la mañana del día 26, «la animación observábase principalmente en el mercado», donde las verduleras «comentaban fuertemente lo que se estaba preparando» y se disponían a la huelga para seguir el movimiento general. El día fue en extremo agitado, hubo manifestación, cargas policiales, un muerto por los disparos, invasión del edificio del Gobierno Civil, intento de quema del convento de los jesuitas y declaración de la ley marcial, con pedreas, más cargas y disparos de la tropa hacia «las turbas». Al día siguiente, en los mer-

---

<sup>20</sup> *DAZ*, 18 de diciembre de 1901, núm. 10265; *HA*, 18 de diciembre de 1901, núm. 1937; *HA*, 18 de noviembre de 1901, núm. 1911; *HA*, 20 de diciembre de 1901, núm. 1939, y *HA*, 28 Y29 de agosto de 1905, núms. 3216 y 3217.

cados de la ciudad «las mujeres comentaban lo ocurrido, gesticulaban, daban gritos descompuestos, hacían cálculos sobre lo que el día iba a dar de sí». Con «semejante algazara» los mercados se poblaban cada vez más. «Las mujeres daban ensordecedores gritos», haciendo crecer cada vez más la expectación. En un momento dado, «las verduleras, cruzadas hasta entonces de brazos, aunque trabadas de palabras, decidieron a adoptar una situación activa y comenzaron por arrojar a un lado y otro canastos y hortalizas». Pronto se unieron a las mujeres «muchos chiquillos», y todos fueron a cerrar una carnicería que permanecía abierta en la plaza, apedreando los cristales. Del mercado salieron «grupos de amotinados» a la ciudad, que poco después se enfrentaban de nuevo a las tropas. Las cargas hicieron «desparramarse las masas» por las calles, y algunos grupos fueron a dar de nuevo al mercado. Allí las mujeres no habían cesado en sus gritos. «Aquéllos y éstas hicieron causa común y la algazara aumentó de modo extraordinario». De nuevo comenzaron las cargas, las carreras, los tiroteos, los heridos, las pedreas. El capitán general de la región y gobernador militar por esos días, marqués de Ahumada, da cuenta al ministro de la Guerra del habitual modo de proceder de los revoltosos, manifestando irritado su incomodidad y molestia:

«(Ordené) que la caballería cargase contra los grupos a cuyo frente iban siempre numerosos chiquillos menores de dieciséis años y bastantes mujeres que eran quienes chillaban y apedreaban a las fuerzas, huyendo precipitadamente en cuanto veían moverse hacia ellos los caballos, pero reapareciendo en otros sitios a los pocos momentos (...). La naturaleza del enemigo infantil y femenino con que he tenido principalmente que habérmelas prolongó el estado de cosas más de lo que hubiera deseado, pero lo he creído preferible al triste espectáculo de sembrar las calles con algunas docenas de cadáveres de chicuelos y mujeres que fueron los únicos agresores constantes de la fuerza pública»<sup>21</sup>.

Las mujeres de Zaragoza, y principalmente «las verduleras», como en el Madrid de 1892, actuaban como un grupo con conciencia propia y legitimado para lanzar la protesta. A ellas acuden otros grupos en busca de apoyo, como los estudiantes que protestaron contra la boda del ultramontano Caserta con la infanta en 1901. El mercado se convirtió entonces en campo de batalla de mani-

---

<sup>21</sup> Servicio Histórico Militar, sección 2.ª, lego 174. El relato en *HA*, 27 Y 28 de junio de 1899, núms. 1130 y 1131, *YEl Liberal*, 28 de junio de 1899, núm. 7205.

festantes y policía, entre vivas a la libertad y a la república, mueras a la reacción y a los jesuitas, puestos arrollados, verduras y piedras por los aires, y cargas sucesivas de los guardias. También los piquetes obreros de la huelga general de 1904 acudieron al nuevo Mercado Central buscando la complicidad de las vendedoras, «que comentaban con su peculiar filosofía la trascendencia y alcance del conflicto». Como grupo de oficio, no dudaron en recurrir al motín o a la resistencia pasiva en los conflictos que mantuvieron con el Ayuntamiento de la ciudad por el traslado de su lugar de venta o la subida de los impuestos que debían satisfacer<sup>22</sup>.

¿Por qué las vendedoras? ¿Qué pudo hacer de ellas un grupo más dispuesto que otros a iniciar la protesta? O mejor, ¿cómo se estaba articulando el trabajo y el propio concepto de la mujer en ese final de siglo, para que ese y otros grupos similares continuasen practicando este tipo de protesta de corte «preindustrial»?

## El discurso de la feminidad y el trabajo de las mujeres

Aunque ya se han mencionado los trabajos de Scott y Tilly, no está de más acudir de nuevo a su amparo para abordar este tipo de cuestiones. Estas autoras rompieron con aquel modelo según el cual las mujeres fueron perfectamente integradas en el mercado laboral industrial, y subrayaron por el contrario las continuidades que provenían de la práctica laboral habitual de las mujeres en las sociedades previas a la aparición de las fábricas. En efecto, las mujeres ya venían trabajando regularmente fuera de sus casas, vendiendo sus productos en los mercados, como comerciantes y buhoneras, empleándose como trabajadoras eventuales, lavanderas o niñeras, y realizando las tareas de los talleres de tejidos, encajes o estampados. y hasta los primeros años del siglo xx continuarán trabajando en áreas «tradicionales» de la economía. En palabras de Scott, «la loca-

---

<sup>22</sup> Lo de la manifestación anticlerical, organizada con motivo del aniversario de la Primera República, en *HA*, 11 de febrero de 1901, núm. 1690. Lo de la huelga de 1904 en *HA*, 9 de agosto de 1904, núm. 2749. La relación de las mujeres con el mercado y su responsabilidad en las sociedades preindustriales en WIESNER, M.: «¿Buhoneras insignificantes o mercaderes esenciales? Las mujeres, el comercio y los servicios en Nuremberg durante la Edad Moderna», en *Historia y género...*) *op. cit.*, pp. 177-189.

lización y la estructura del trabajo de las mujeres se caracteriza más por la continuidad que por el cambio». Su experiencia laboral, intrínsecamente unida a su valor simbólico como principales elementos para la reproducción, en sentido amplio, de la familia, afecta de lleno al desarrollo de la conflictividad social de las primeras décadas del siglo xx. Sus ideas, valores y estrategias de protesta permanecerán vigentes, sobre todo entre los grupos que tradicionalmente organizaban el levantamiento, como las vendedoras de los mercados, y esto pese al cada vez mayor predominio de la huelga obrera organizada, como demostró Kaplan para la Barcelona de 1910, 1913 Y 1918, Y en otras ciudades del país. A pesar de que la opinión preponderante relegaba cada vez con mayor fuerza a las mujeres al espacio doméstico, todavía seguían traspasando con su actuación las fronteras entre lo público y lo privado, entre la calle y la casa<sup>23</sup>.

Sin embargo, la economía política y los discursos culturales iban por otra senda bien distinta, y quisieron olvidar la tradicional compatibilidad entre hogar y trabajo practicada por las mujeres. Fueron las teorías de los economistas políticos y las preferencias de los empleadores, que discriminaban a las mujeres con bajísimos salarios, los que moldearon de ese modo una fuerza de trabajo nítidamente segregada en razón del sexo, y no las supuestas diferencias naturales entre mercados laborales masculinos y femeninos, que nunca existieron hasta el momento en que fueron inventadas. Las disposiciones

---

<sup>23</sup> SCOTT, J.: «La mujer trabajadora en el siglo XIX», *Historia de las mujeres*, op. cit., pp. 429-461, NAsH, M., y TAVERA, S.: *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Madrid, Síntesis, 1994, pp. 23-25. KAPLAN: «Conciencia femenina...», op. cit., GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Á.: «Condiciones de trabajo y conflictividad laboral de la mujer trabajadora en Sevilla. 1900-1917», *Historia Social*, núm. 13, 1992, pp. 39-51. Ver también RAMOS, M. D.: «Realidad social y conciencia de la realidad en la mujer: obreras malagueñas frente a la crisis de subsistencias (1918)>>», en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres, siglos XVI a XX*, Madrid, 1986, pp. 299-310. La misma persistencia de los rasgos del motín tradicional en las protestas de las cigarreras de Madrid es analizada por VALLEJO FERNÁNDEZ, S.: «Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid», en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, op. cit., vol. 2, pp. 135-150. Su presencia en los motines de subsistencias y las revueltas antifiscales tenía un lugar propio allí donde había fábrica tabaquera, como lo demuestra el hecho de que en el motín de verduleras de 1892 en Madrid, las amotinadas acudieran en dos ocasiones a la fábrica buscando el apoyo de las cigarreras. *El Resumen*, 2 de julio de 1892, núm. 2659. Un monográfico sobre el tema en CANDELA SOTO, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997.

legales y un discurso ideológico que articulaba la figura del «ángel de hogar» y la separación de las esferas terminaron de configurar los roles de género y de sancionar la subordinación social de las mujeres<sup>24</sup>.

La alternativa a este modelo no se resolvió de forma rupturista o trasgresora. La misma Nash ha demostrado la pervivencia del discurso de la domesticidad dentro del movimiento obrero y la no aceptación del perfil de la mujer trabajadora «como agente social del obrerismo». Además de tener presente el modelo cultural dominante, los trabajadores concibieron la incorporación de la mujer como una peligrosa competencia en el mercado laboral, dados los bajos salarios que éstas percibían. Así, era aceptado que en los pliegos de reclamaciones obreras entregados a los patronos durante las huelgas, se establecieran diferencias entre el precio de la mano de obra de hombres, mujeres y niños. Casi siempre eran los hombres los que organizaban y desarrollaban la huelga, pese a existir oficios y secciones fabriles reservadas para mujeres. Sólo se han podido documentar a través de la prensa tres huelgas promovidas por mujeres en la Zaragoza que va de 1890 a 1905, de obreras laneras, tejedoras y alpargateras, las tres incluidas en el tracto temporal que va de 1900 a 1904, cuando mayor es la actividad fabril y reivindicativa obrera en este período de entre siglos. La de alpargateras constituye acaso una rareza por cuanto es, como en los motines populares, lanzada por las oficialas y obreras, y secundada después por los alpargateros, que redactan las peticiones a los patronos, aunque es una comisión de mujeres la que va casa por casa de fabricantes y vendedores exigiendo una

---

<sup>24</sup> NASH, M.: «Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX», en *Historia de las mujeres*, op. cit., pp. 612-623. Ver también la antología de textos compilada por NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos, 1983, en especial su estudio introductorio, pp. 11-13 Y 40-53; FOLGUERA, P.: «Revolución y Restauración. La emergencia de los primeros ideales emancipadores (1868-1931)»», en GARRIDO, E. (ed.): *Historia de las mujeres en España*, Madrid, Síntesis, 1997, pp. 454-457. La aparición de leyes protectoras de la mujer trabajadora también puede interpretarse como un modo de articular la exclusión de las mujeres del trabajo y de afianzar su función de reproducción biológica y cultural para los estados-nación, ZANCARINI-FoURNEL, M.: «Historia de las mujeres: juego de niveles y construcción social de los discursos», PANIAGUA, J.; PIQUERAS, J. A., Y SANZ, V. (eds.): *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Biblioteca Historia Social, 1999, pp. 69-84.

postura ante la solicitud del aumento del jornal. De cualquier modo, no es más que una excepción. En aproximadamente el centenar de las huelgas registradas, ya fueran de secciones de oficio o más amplias, son los obreros los que aparecen en el primer plano de la protesta, quizá porque el juego de imágenes del mundo tradicional en el que las mujeres podían desarrollar su identidad va perdiendo consistencia progresivamente con las nuevas formas de sociabilidad que ineludiblemente afectan a la vida cotidiana, las creencias y las conductas de la población obrera. Las razones que se esconden tras esta posibilidad son seguramente muchas y no exentas de complejidad: se puede barajar el prestigio simbólico que proporcionaba la lucha obrera, o las ventajas que daba en el reparto de beneficios y condiciones laborales arrancadas a la patronal. De cualquier modo, lo cierto es que, en términos generales, la presencia femenina en la calle y en la protesta experimentó, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, un progresivo debilitamiento y un repliegue al interior a las unidades domésticas privadas. Plantearse los porqués del fenómeno remite a un cuestionamiento directo de los falsos supuestos de sumisión y timidez de las mujeres de las clases populares y, dado el protagonismo que mantenían en la cotidianeidad de la sociedad del pasado, también al replanteamiento de algunas nociones históricas establecidas teniendo más en cuenta todo este tipo de cuestiones <sup>25</sup>.

En definitiva, y a pesar de que cada vez se fueron reservando a las mujeres más y mejor definidas «labores de su sexo», ellas mantuvieron durante bastante tiempo prerrogativas sociales clásicas de las sociedades «preindustriales» que legitimaban la acción directa y pública de protesta. El conflicto entre el rol de género asumido tradicionalmente y el discurso que las confinaba al interior de los hogares mostraba su línea de falla en el propio modo en el que actuaban las mujeres durante el motín. Ése es el lugar del análisis

---

<sup>25</sup> NASH, M.: «El mundo de las trabajadoras: identidades, culturas de género y espacios de actuación», en *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, op. cit., p. 67. El repliegue del XIX en THOMPSON, E. P.: «La economía moral revisada», op. cit., p. 379. El caso de las alpargateras zaragozanas en HA, 9 de mayo de 1900, núm. 1450. Desde el campo del análisis discursivo es interesante comprobar cómo las crónicas de prensa elaboran pintorescas descripciones de las mujeres en huelga, restando con ello seriedad a su protesta, cosa que no ocurre en las que protagonizan los hombres, en las que prima claramente la preocupación, el temor al desorden social y la apelación al uso de métodos no violentos de protesta.

de esta violencia femenina. Los aditamentos de rechazo y la náusea hacia este tipo de acciones manifestados por los contemporáneos y la historiografía posterior no deben desviar la atención a la hora de valorar su contribución al avance social y a la mejora colectiva en un momento tan complejo como en aquel agitado período de entre siglos.

